

Re-cuento de siete templos perdidos

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar*

Proemio

En el Jueves Santo se tiene por tradición el visitar los siete templos. Regularmente, muchos acuden a los situados en el primer cuadro de Monterrey como San Luis Gonzaga, San José, Dolores y el Perpetuo Socorro, la Purísima, el Roble, la Catedral, el Sagrado Corazón, La Luz o Dulces Nombres. Pero hubo alguna vez, la existencia de otros templos, borrados del paisaje sin importarles que fueron sitio de culto litúrgico.

Por ejemplo, el viejo convento de San Andrés en Zaragoza y Ocampo, el templo y convento de los jesuitas, San Francisco Xavier, la catedral que no terminaron de levantar a fines del siglo XVIII, el templo del Roble iniciado a mediados de siglo XIX y durante una intervención a principios de siglo XX, su cúpula colapsó. También, resaltar al viejo templo dedicado a la Purísima Concepción de María, el de Lourdes, San Caralampio y el de Santa Rita. De San Andrés no voy a tratar, porque merece un escrito aparte, pero sí les voy a contar una breve historia de siete de ellos, para mantenerlos presentes al menos en el recuerdo y la memoria compartida que nos llegan a través de testimonios gráficos y publicaciones de diversa índole.

El templo y convento de los jesuitas dedicado a San Francisco Xavier

En el siglo XVIII Monterrey tenía tan solo tres templos dedicados al culto religioso: La parroquia en la actual catedral, el convento franciscano ya desaparecido y otro llamado de San Francisco Javier. Esta capilla se la debemos a una iniciativa del padre Jerónimo López Prieto, un clérigo oblató originario del Valle de Santiago del Huajuco. Estudió con los jesuitas en Guadalajara y

volvió en 1701 a Monterrey. Al año siguiente, pidió un solar de “una cuadra en cuadro” para construir la iglesia dedicada a San Francisco Javier, atendido por padres oblatos para que se dedicaran a la educación de los hijos del Reino. Tan bien aceptada por las autoridades civiles como eclesiásticas, por eso en 1708, les dieron otro terreno anexo para que plantaran viñedos, árboles, legumbres y otras cosas. La primera etapa comprende desde su fundación hasta 1713.

Al poco tiempo, los jesuitas se hicieron cargo del mismo. Alrededor del templo se hicieron las aulas como sede de una escuela para la enseñanza elemental, una biblioteca y seminario, en donde cursaban retórica como filosofía, hasta su camposanto. Para precisar su localización, se trata de una manzana, con una extensión delimitada por las actuales calles de Morelos, Escobedo, Padre Mier y Carranza. Según los informes de la época, el convento jesuita estaba techado de tejas, una sola nave, bien adornado, con buena sacristía y un colegio compuesto de siete piezas grandes, además de su camposanto a su alrededor. ¿Cómo se mantenía la institución? Gracias a una hacienda de beneficio que tenían en el Real de Santiago de las Sabinas, donada por el padre Francisco de la Calancha y Valenzuela en 1706.

Ahora, ¿qué tenemos de aquella vetusta iglesia? Tan solo una campana fundida en 1714, que lleva el nombre de “Santa María Concepción”. Mide unos 60 centímetros de largo y pesa unas cuatro arrobas, es decir, cada arroba es equivalente a once kilos y medio. El año en que se fueron los jesuitas, terminaron la primera etapa del templo de Santiago Apóstol en el Valle del Huajuco, en el actual pueblo mágico de la Villa de Santiago. Entonces, el padre Matías López Prieto, sobrino del padre Jerónimo López Prieto, y de visita pastoral de parte del obispo de Guadalajara, adquirió la campana y la llevó a su tierra natal el 17 de diciembre de 1745, pagando tres pesos para su traslado. Está en el campanario situado enfrente del palacio municipal y al parecer, aún se oye el tañer de la campana hecha con aleación de bronce y plata, para que su sonoridad

* Actualmente es becario del Programa de Estímulo Creativo y Desarrollo Artístico PECDA Nuevo León, en el área de patrimonio cultural. Como parte de sus empeños, realiza un recuento del patrimonio cultural tangible de Nuevo León, para que no pasen al olvido.

llame al culto por todo el Cañón del Huajuco. Por cierto, el padre Jerónimo se fue a Guadalajara y murió en Mérida en 1751.

Al crearse la entidad libre y soberana de Nuevo León el 7 de mayo de 1824, parte de aquel terreno se destinó para la sede de gobierno, trasladada en 1908 al palacio de cantera. Ahí despachó la autoridad que impuesta por los norteamericanos durante su estancia entre 1846 y 1848 y los imperialistas de 1864 a 1867, así como Benito Juárez durante su estancia en Monterrey entre abril y agosto de 1864. Por la información de una placa, se le ubica en la esquina de Morelos y Escobedo, pero era una parte de la vieja calle del Comercio, porque recuerden que se trataba de una manzana que iba de Emilio Carranza a Escobedo y de Morelos a Padre Mier.

La catedral inconclusa

Tan solo queda una foto, en la cual se ven unos gruesos sillares amontonados. Esas ruinas pertenecieron a una obra inconclusa que fue el sueño del obispo Ambrosio de Llanos y Valdés, para levantar una catedral acorde a la Diócesis del Nuevo Reino de León. El 24 de noviembre de 1794 se puso la primera piedra de un edificio que pudo tener la misma majestuosidad de la catedral de la Ciudad de México. Pero el gobernador Simón de Herrera y Leyva, como el cabildo de Monterrey, impidieron su terminación; aludiendo que el arquitecto francés Juan Crousset ganaba mucho dinero como responsable del proyecto y del derroche que estaban invirtiendo para dejar un nuevo centro urbano en la ciudad.

El prelado murió a fines de 1799, sólo se quedaron los muros de sillar que sirvieron como punto de defensa cuando los rebeldes federalistas al mando de Antonio Canales y Antonio Zapata atacaron a Monterrey en 1839. Desde entonces, en lugar de decirle “La Catedral Nueva” se le conoció como “La Ciudadela”. Aprovechando su situación, Ampudia decidió convertirla en un fortín resguardado por 500 hombres al mando del general José López Uraga, quienes evitaron la entrada de un contingente norteamericano el 19 de septiembre de 1846.

Luego en el asedio del Sitio de Monterrey, fue el último reducto que mantenía la lucha contra el ejército extranjero, que finalmente se hizo del control del mismo. Dicen que cuando arriaron la bandera mexicana todos los presentes comenzaron a llorar.

Luego a buscar heridos y caídos, entre los que vieron a una bella dama vestida de militar, que llevó el nombre de María de Jesús Dosamantes.

La Ciudadela siguió siendo refugio de valientes. En la Revolución de Ayutla, Ignacio Zaragoza defendió a la ciudad. Vidaurri despachó desde aquí mientras Juárez estaba en Monterrey en febrero de 1864. Este fortín se ubicaba en la esquina de Juárez y Tapia, en donde ahora hay un teatro y biblioteca. Estos vestigios más que sillares amontonados, representan la heroicidad de los hombres y mujeres de Nuevo León. Es lamentable la situación en la que está y el desconocimiento y falta de respeto que no le dan. En mayo de 1962, todo lo cambiaron, pensando que con ello conmemoraban la heroicidad, dejando una biblioteca llamada Felipe Guerra Castro y el teatro José Calderón.

El templo del Roble y la cúpula colapsada

El 18 de diciembre es la fiesta de Nuestra Señora del Roble. Esta tradición regiomontana tiene su origen en una leyenda, cuando un fraile de nombre Andrés de León, colocó la imagen venerable en 1592 en el hueco de un roble para protegerla de las incursiones de los llamados indios bárbaros. Al poco tiempo de la fundación de la ciudad de Monterrey en 1596, una pastorcita cuidaba unas cabras y oyó que desde un roble le llamaban. Admirada se acercó al lugar de donde procedía el llamado.

Cuál fue su sorpresa, pues vio una pequeña escultura religiosa de bulto, en la oquedad del considerado rey de los árboles. La niña avisó a su papá y éste fue hasta el templo parroquial para avisarle al señor cura. Este acudió y decidió trasladar a la virgen para ponerla en un sitio especial. Al día siguiente la imagen desapareció y la encontraron otra vez en el viejo roble. Cada vez que la llevaban la imagen regresaba, entonces decidieron construir una capilla bajo la enramada de un frondoso roble.

Este lugar conocido con el nombre de “Piedra Blanca”, fue el asiento de la primera misión cercana a los ojos de agua de Santa Lucía. La devoción pronto se propagó por el Nuevo Reino de León, llamándola también la “Virgen de los Nogales”, “Madre de Dios del Reino” y “Nuestra Señora del Nogal”. Es una pequeña escultura, de las que los maestros llaman

“pura vestir” de 58 centímetros. Está hecha de una mezcla de corazón de maíz y bulbos de flores, que usaron los escultores indígenas del siglo XVI. Los devotos, la vistieron de preciosas túnicas y ciñeron una coronita en su cabecita. Sobre sus pies está un gran trozo de madera, que la tradición afirma ser parte del tronco en el cual fue hallada la sagrada imagen. Le dedicaron varios templos en su honor, sobresaliendo uno a mediados de siglo XIX.

Cuentan que era muy pequeño, considerando la cantidad de fieles que acudían a los oficios litúrgicos y a la feria anual en su fiesta patronal durante el mes de diciembre. Entonces el señor obispo Francisco de Paula y Verea, apoyado por el gobernador Santiago Vidaurri, aportaron para un mejor edificio.

De nueva cuenta, la curia arquidiocesana, decidió uno más grande, contando una estructura basilical. Al arrancar el siglo XX, el entonces párroco don José Guadalupe Ortiz, pidió al arquitecto Alfred Giles, el diseño para la cúpula del templo emblema de la ciudad. Iniciaron su construcción en 1904, concluyendo sus obras al año siguiente.

Lamentablemente el 24 de octubre de 1905, alrededor de las nueve de la noche, la gigantesca cúpula octagonal construido con sillares, se vino estrepitosamente al suelo. La sociedad regiomontana no daba crédito ante fatal accidente, ocurrido en un horario donde no había feligreses en el templo.

El principal testigo de esta catástrofe, el padre Pedro López, capellán del Santuario escribió:

¿Quién no recuerda la noche del 24 de Octubre de 1905, de tristísima memoria, en la que se hundió la esbelta cúpula, digno remate del grandioso templo? Cayó la santa Imagen empujada y revuelta entre las ruinas, siendo providencialmente preservada de la destrucción, por una barra de acero que contuvo la fuerza de un enorme sillar que debiera haberla aniquilado. La vimos con alegría del corazón, y nos pareció salir la Imagen de María más sonriente y hermosa de tan espantosa catástrofe. ¿Podríamos tener una señal de amor por parte de la Virgen, más elocuente y manifiesta?



Antiguo templo del Roble

Nuestra Señora del Roble, operó de nueva cuenta una manifestación para fortalecer su devoción, por lo mismo, el recuerdo de ese día quedó impreso una escena alusiva en la puerta de entrada de la hoy basílica. Tan solo quedaron los muros de sillar, hasta que al señor arzobispo Alfonso Espino y Silva, le pidió al arquitecto Lizandro Peña la reconstrucción de todo el conjunto arquitectónico, similar a la basílica de Santa María en Roma. Su coronación pontificia se realizó el 31 de mayo de 1964.

El viejo templo dedicado a la Purísima Concepción de María

¿Cuándo sucedió el milagro de la Purísima? Unos dicen que en 1715 y otros a mediados del siglo XVIII, cuando llovió 40 días y 40 noches, provocando un culebrón de agua que arrasó la entonces pequeña ciudad de Monterrey. Fue cuando la india tlaxcalteca de nombre Antonia, sacó una pequeña imagen y amansó el torrente. La primera casa de la patrona de la capital regiomontana, era una choza por decirlo así. Ya con feligresía, le hicieron una ermita, sin tener las dimensiones necesarias para el culto. Además, por ahí llegaban y salían todos los que tenían algún trato con el Nuevo Reyno de León.

Era la plaza de los arrieros, quienes pedían su intercesión cada vez que salían a recorrer los caminos de Dios. Luego se hizo un panteón inmediato al templo, que pronto quedó repleto por tanta epidemia y peste, el cual fue cerrado a mediados de siglo XIX. En 1856 el ayuntamiento de la ciudad, concedió a la diócesis, unos terrenos para que se levantara la casa cural en donde quedara un sacerdote de planta. Para la construcción, el cabildo de Monterrey cedió los impuestos de calles y plazas, mismos que se recogían los primeros 15 días de diciembre de cada año por una comisión formada por vecinos del barrio.

El edificio fue concluido y bendecido el 5 de diciembre de 1862 por el padre José Lorenzo de la Garza Elizondo. 80 años después, el recién nombrado arzobispo, don Guillermo Tritschler y Córdoba, pidió la construcción de una casa nueva para la imagen de la virgen Chiquita. Hubo oposición de muchos feligreses y familias regiomontanas, que guardaban especial respeto por ésta iglesia. Poco a poco se hicieron de la idea y en 1942 fue destruido, para dar paso a un majestuoso edificio que ganó el Premio Nacional de Arquitectura en 1946.



Antigua parroquia de la Purísima

El templo de Nuestra Señora de Lourdes

Allá en la ladera norte de la Loma Larga, se podía ver a un templo con detalles góticos, pero construido con sillares. Tan solo una pequeña nave, una fachada con su acceso en donde sobresalía el arco ojival y un rosetón, coronado por una espadaña en donde se instalaron tres campanas. Estaba dedicado a nuestra señora de Lourdes, ubicado casi en un punto donde coincidían los dos barrios, el de Nuevo Repueblo de Oriente y el de San Luisito. Un paraje descrito por don Alfonso Reyes: “Donde el viento tumba el sombrero, de las urracas ensordecedoras, del vientecillo suave y fresco que pasa por este lugar”.

Ahora enclavado en la jurisdicción de la colonia Independencia, precisamente en el cruce de las calles de Yucatán y Lago de Pátzcuaro. Lo edificaron entre 1880 y 1884, costado por un empresario y filántropo sinaloense llamado León Ortigoza, quien vivió por un tiempo en Monterrey y falleció en Madrid en 1882.

Tras su muerte, dejó como albaceas a Valentín Rivero y al hijo del mismo nombre Valentín. Aparentemente la familia se quedó con la capilla, pero decidió su destrucción durante el conflicto cristero entre 1926 y 1928, para evitar que el terreno como el edificio fueran incautados. Ya no aparece en la traza de un plano de la ciudad realizado en 1930. Respecto a su recuerdo, tan sólo nos quedan testimonios en imágenes que demuestran cómo estaba todo el sector, ahora repleto de casas y calles transitadas por camiones y autos. La hubieran dejado

El templo dedicado a San Caralampio

Hubo un tiempo en que Monterrey sólo tenía dos templos, el de la Iglesia Catedral y el convento. Pero la devoción personal mantuvo al menos cinco capillas que se perdían por entre las calles cercanas a la plaza de armas. Hoy en día, tan sólo nos llegan referencias de Lourdes y Dulces Nombres, mientras que las patronas de Monterrey aún no figuraban en ese periodo, tan sólo con unas ermitas que de pronto se convirtieron en templos y luego basílicas, la Purísima y el Roble. Lo extraño es que dos de ellas estaban en frente o cerca de la Catedral como del Roble. Una de ellas dedicada a San Caralampio, el

patrono contra las plagas, calamidades que de vez en vez cobraban muchas vidas.

Un regiomontano de nombre Francisco León Gómez, decidió construirle una capilla entre 1829 y 1830. La hizo en su solar y a sus expensas, con muros de sillar y una fachada similar a la de Dulces Nombres que se hizo a partir de 1840. Le mandaron hacer un cuadro al que rezaban: “Santísimo Caralampio, danos salud y confianza, ahuyenta los malos aires y la plaga sin tardanza”, que colocaron en el altar mayor.

Su dueño murió el 10 de abril de 1838 a la edad de 49 años y dispuso que sus restos ahí se quedaran. Por lo que se sabe, en 1843 ya no estaba funcionando y a la salida de las tropas norteamericanas, ya estaba en ruinas. ¿Dónde estaba? En la esquina de Guerrero y 15 de mayo, en frente de donde se estaba levantando el santuario a nuestra Señora del Roble. Lo único que queda es una pintura y en esa esquina, una tienda de conveniencia de cuatro letras. Ahora en medio de negocios, oficinas y casonas convertidas en aulas de una escuela universitaria.

La capilla perdida de Santa Rita

Es la patrona de los imposibles y de las mujeres que sufren violencia intrafamiliar. Es Santa Rita de Casia, una dama cuya fama trascendió precisamente por acudir a salvar las penas, de quienes la invocan en los tiempos difíciles. Monterrey tuvo una capillita dedicada en su honor, que dio nombre a la calle situada a espaldas de la Catedral, pero desde 1906, ostenta el título del doctor en cánones e insurgente José María Coss.

¿Dónde estaba? En la esquina de Doctor Coss y Jardón, ahora sede de una tienda de conveniencia, de aquellas que abundan en México. Lo que sabemos de la capillita, se lo debemos al Padre Mier, a Gonzalitos y al investigador Enrique Tovar Esquivel. Resulta que Matiana de Escamilla tenía un lienzo de Santa Rita. Al casarse con Celedonio González, el sacerdote les indicó que no era conveniente que tuvieran la pintura en casa, en donde iban a tener la intimidad.

Entonces Celedonio le hizo la capillita en 1780. Cuando murieron: él en 1807 y ella en 1810, ahí los enterraron y hasta hicieron misas cuando no se podía en la Catedral. Sin la existencia de sus devotos

artífices, el pequeño templo poco a poco quedó en ruinas, hasta que el terreno fue adquirido en 1857 por un vecino de nombre Francisco Pérez Flores. Esa calle se conoció de distintas formas entre los siglos XVII y XIX: Callejón de la Horchata, de la Presa

Chica, del Puente Chico y Santa Rita por el templo que aparece en varios planos de la época. Hoy se llama Doctor Coss y en lugar de ir a misa o a rezar, compramos alguna bebida, saldo para el teléfono o cargamos la tarjeta para subir al camión o al metro.



Extinto templo de Lourdes